

El inestimable precio de la libertad

El Profesor Alfonso Nieto, Rector de la Universidad de Navarra, inauguró el curso, el pasado 5 de octubre con este discurso en el que describe la vida universitaria como algo incompatible con cualquier violencia que no sea «el positivo violentarse del universitario consigo mismo para mejorar su quehacer profesional».



Abrir las puertas de un nuevo curso es manifestación pública de que la Universidad de Navarra prosigue animosa, con renovado empuje, su tarea de docencia e investigación científica.

Al iniciar el año académico 1981/1982, esta Universidad se dispone a cubrir seis lustros de apretada historia. Treinta años pueden parecer pocos, si se contemplan desde la multiseccular atalaya de la institución universitaria; pero son muchos años cuando permiten ofrecer abundantes aportaciones en favor de la sociedad. Ahí están, por ejemplo, los testimonios de tantos miles de ciudadanos que estudiaron en sus aulas; el millón y medio de actos médicos realizados en la Clínica Universitaria; los millares de personas que colaboran generosamente con la Universidad, porque comprenden la importancia de la función social de enseñar.





PRIMERA FILA

ALGO DE IRREPETIBLE JUVENTUD

En el correr del tiempo, la Providencia marca las horas que hacen Historia. No faltan motivos para pensar que gusta recrearse en la Universidad de Navarra, y de nuevo acelera el paso que le hace ganar en madurez. Introduce en el calendario de esta Universidad días con densidad de años y, a través de nunca deseados acontecimientos, muy dolorosos, la consolida más apretadamente y la obsequia con la amistad de personas e instituciones. No debemos permanecer insensibles ante estos hechos. Vivimos una época que exige des-pabilar la inteligencia, para descubrir la riqueza del sufrimiento y valorar mejor el inestimable precio de la libertad. Desde esta perspectiva, el trabajo del universitario se configura como venturoso servicio lleno de autenticidad

y falto de monotonía. Pocas tareas hay más auténticas y menos monótonas que el discurrir de la vida de la inteligencia en el ámbito de la Universidad.

La docencia y la investigación universitaria excluyen la rutina, piden serenidad de espíritu, llaman al optimismo y no prestan oídos a las voces del desaliento. La vida de la Universidad es, además, incompatible con cualquier violencia que no sea el positivo violentarse del universitario consigo mismo para mejorar su quehacer profesional. Por estos motivos, cada jornada universitaria tiene un algo de irrepetible juventud, capaz de superar cualquier pasajera incomprensión. Y ya que la palabra incomprensión se ha cruzado en el discurso, permitidme algunas consideraciones sobre la comprensión del universitario ante acciones que pretenden alterar la paz de su trabajo.



CONTRASEÑA DE VITALIDAD

Por segunda vez en menos de un año, este edificio que ahora nos acoge ha padecido el intento de hacer que se resquebrajen sus cimientos. Algunas personas de la Corporación Universitaria sufrieron en su cuerpo el golpe de la violencia. Todos sentimos dolor ante esa nueva ofensa a la libertad. Mas porque la palabra se interioriza y enmudece cuando la mirada se tiende hacia lo más alto, el sereno silencio fue nuestra respuesta. Y como sólo es posible herir allí donde hay vida, la Universidad recibe esos penosos hechos como contraseña de su fecunda vitalidad. Al igual que hace un año, debemos decir: adelante sin rencor. Nunca faltarán dificultades mientras cumplamos nuestra obligación de renunciar a causar daño y sepamos educar desde la paz. Adelante sin rencor:

que se aleje de la mente universitaria cualquier recuerdo resentido, y que nuestro diario quehacer supere el fácil conformismo. Hagamos que el perdón apague la llama de la ofensa y, con audacia de juventud, volvamos la mirada hacia el futuro.

¿Qué horizonte se ofrece a la Universidad de nuestro tiempo? La visión universal, tan propia de la institución universitaria, nos muestra un amplio panorama donde se entremezclan las grandezas y miserias de la humanidad. Es preciso centrar la atención en algunos aspectos que reclaman más urgente respuesta y dirigir hacia ellos el comentario.

En épocas como la presente, el pensamiento y la conducta de no pocos se balancean en aguas de incertidumbre y duda; para algunos, el horizonte de las ideas se muestra movedido y cambiante. Hay grave riesgo de que el intelectual se asemeje a un navegante



PRIMERA FILA

en mar arbolada, y que el continuo zarandeo oculte o desplace el horizonte, aunque éste siempre permanezca firme en su sitio. La Universidad, sede calificada del cultivo de la inteligencia, también puede sentir los altibajos de la crisis de las ideas y notar la ausencia de orientación en la singladura hacia el cumplimiento de sus fines. El inquietante tambaleo de la civilización occidental puede ofuscarlos y, en la búsqueda de nuevas vías que den respuesta al cambio social, se podría pretender que la institución universitaria hubiera de acomodarse a los continuos vaivenes de las circunstancias exteriores.

ENRIQUECER LA PALABRA «CAMBIO»

Nadie pone en duda que la Universidad tiene grave obligación de mejorar su tarea docente y su trabajo de investigación científica. Tampoco ofrece reparos el pro-

clamar que la Universidad debe estar presente, y de manera activa, en todas las mutaciones sociales. Pero precisamente para que pueda realizar mejor esa misión, es necesario no someter al Alma Mater a un continuo cambio. En la esencia del quehacer universitario hay principios permanentes que trascienden las soluciones coyunturales y sobrevuelan los inevitables caprichos de la improvisación. Las Universidades son Corporaciones con propia autonomía y autoridad, donde la comunicación de saberes y la investigación científica demandan actuaciones libres y responsables. En las aulas de la Universidad se preparan, desde el presente, las generaciones futuras; y sólo es posible llevar a buen término esta misión cuando se otea con serena inteligencia el tiempo venidero. Quizá por estas razones la institución universitaria ha defendido celosamente, a lo



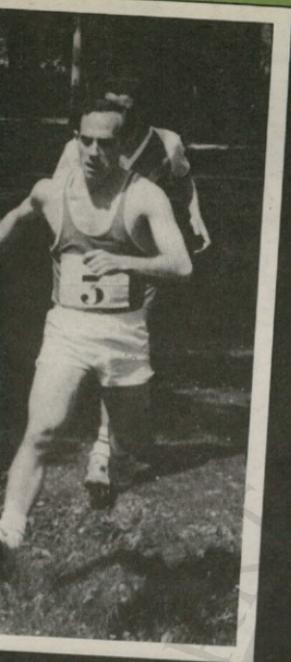
largo de los siglos, que sólo quienes constituyen la Universidad pueden ser sus gobernantes. Desde estos postulados primarios e irreducibles, debe servir positivamente a la sociedad. El sentido universitario lleva a saber que, porque algo no vaya bien, no se puede pensar que todo está mal; por eso, y para no olvidar las virtudes de siempre, rehusa fijar la mirada tan sólo en los vicios del presente. Con estas ideas, la Universidad debe enriquecer el significado de la palabra **cambio**, introduciendo matices de serena objetividad en la contemplación de las personas y de su entorno social. Contemplar al hombre: he aquí una tarea permanente de la Universidad; poner la atención, con toda la fuerza de la inteligencia, en el perenne protagonista de la naturaleza creada.

La honradez del universitario hace ver que cualquier proyecto de cambio debe apuntar recta-

mente a una sola diana: mejorar la situación presente. Pero no será posible lograr ese objetivo, si todo el esfuerzo se aplica al simple hecho de apuntar. Es necesario cruzar la distancia hasta alcanzar la mejora, sin detenerse en el estéril recreo de pensar que ya se ha intentado, lo cual quizá sea una forma indirecta de encubrir el fracaso.

SIEMBRA DE CONOCIMIENTOS

El primer requisito que se debe exigir a quien asume el protagonismo del cambio, es capacidad para distinguir el lastre intelectual de lo que constituye patrimonio cultural imperecedero. En este punto, no es posible ignorar una tendencia —también se podría llamar frivolidad— que parece olvidar los logros del pasado y se siente como hipnotizada por todo cuanto traiga aires de novedad. Ciertamente, la Universidad no debe ser



PRIMERA FILA

el gran anticuario de ideas cuyo único valor sea su vejez; pero tampoco es lugar donde sólo tenga cabida la última aventura del pensamiento humano. La vida universitaria, en estos dos últimos decenios del Siglo XX, necesita conjugar la imaginación audaz con la ponderada serenidad de espíritu. Si tan sólo contara con imaginación, correría el peligro de ser arrollada por acontecimientos irreflexivos.

Al ponderar algunos avances de la ciencia, da la impresión de que los adelantos tecnológicos imponen al hombre de hoy el gravoso canon de la prisa en su vivir. Quizás los afanes de continuo cambio sean el reflejo intelectual de un progreso prioritariamente tecnológico, donde el pensamiento se encuentra sometido al vértigo de lo inestable. En estas circunstancias, es aconsejable que el profesor universitario recuerde que su deber es rendir cuentas a la sociedad

por la siembra de conocimientos, más que por los frutos personales recogidos. Esta actitud supone renunciar de antemano al agradecimiento, pues quien deposita la semilla del saber en las inteligencias, labora sin derecho a cosechar. En esa renuncia radica una de las grandezas del magisterio. Si algún día, con el paso del tiempo, el maestro oye que la gratitud llama a su puerta, la recibirá con la íntima sorpresa de quien no se considera acreedor de aplausos.

Renuncia al halago; espíritu de servicio a la verdad; tutela del pasado valioso, abriendo puertas al progreso intelectual y material. ¿No os parece que el universitario está en las mejores condiciones para ser vigía de cualquier mutación social?

RECHAZAR LA NEUTRALIDAD

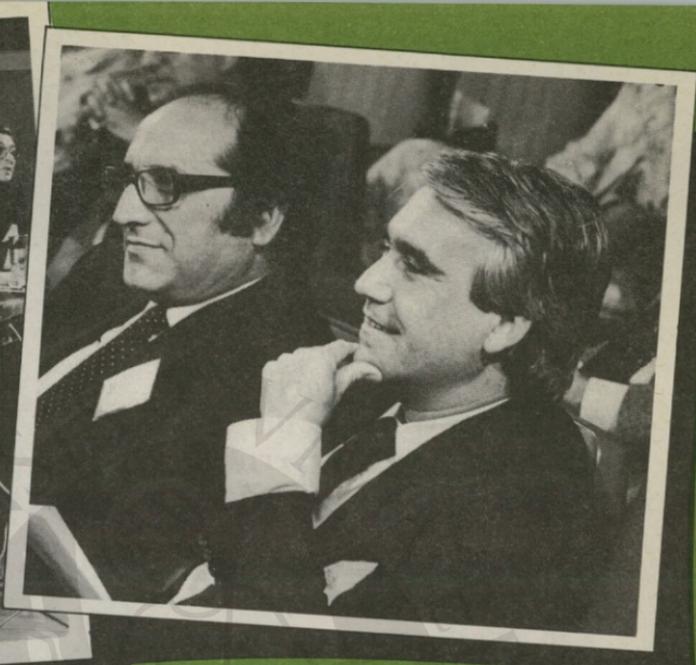
Mas de poco servirá reconocer que la Universidad es buena ata-



laya para otear el cambio social, si esa afirmación no va respaldada por la firme voluntad de rechazar cualquier intento de aséptica neutralidad en la contemplación intelectual de la persona humana. Para ser atalayero de las transformaciones sociales, el universitario debe mantener, por encima de las circunstancias cambiantes, la libertad del hombre y su capacidad de trascender las realidades materiales. En esta actitud comprometida se fundamenta su seguridad y su fiabilidad, porque nuestros contemporáneos saben por experiencia que el lenguaje más seguro es aquél que se proyecta en la vida cotidiana con palabras de libertad y de responsabilidad personal.

Al comienzo de este acto académico, el Secretario General de la Universidad leyó un resumen de la Memoria correspondiente al

curso 1980/1981. La apretada síntesis de nombres, datos y actividades, pone de relieve el esfuerzo de esta Universidad por superarse en el cumplimiento de su tarea docente y de investigación científica, en favor de personas individuales y de la sociedad. La natural satisfacción por el trabajo realizado, queda en segundo plano ante las ilusionadas perspectivas que ofrece el nuevo curso. Sin embargo, hay un afán permanente que se acrecienta con el paso de los años: seguir con esmero la andadura claramente trazada por Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, y que ahora guía con entrañable fidelidad el Gran Canciller, Excmo. y Revmo. Dr. D. Alvaro del Portillo y Díez de Sollano. Si hoy nuestro agradecimiento al Fundador de la Universidad de Navarra debe dirigirse al Cielo, justo es que lo hagamos llegar por



PRIMERA FILA

quien preside esta Corporación Universitaria en la tierra.

GRATITUD RECÍPROCA

Cuando las relaciones entre la Corporación Universitaria y las personas e instituciones públicas y privadas están presididas por la magnanimidad, el fruto inmediato es una recíproca gratitud. Por esto, la Universidad de Navarra expresa su agradecimiento a cuantos le han prestado ayuda a lo largo del pasado curso académico y, de manera especial, ante las incontables muestras de solidaridad que ha recibido con ocasión de los hechos del pasado 24 de junio.

Vaya el más sentido reconocimiento a Su Majestad el Rey, a las Autoridades de la Nación directamente relacionadas con la enseñanza universitaria, y a la representación en Navarra de la Admi-

nistración Central del Estado.

Esta Universidad lleva con orgullo el nombre de una tierra rica en historia y siempre abierta a cuantos tienden la mano con buena voluntad. En este acto, la Universidad de Navarra quiere cumplir la grata obligación de agradecer las colaboraciones que, en cordial reciprocidad, le otorgan la Diputación, el Ayuntamiento y las seculares instituciones del viejo Reino.

La pública y solidaria declaración que el pasado mes de julio hizo la Junta Nacional de Universidades, y la unánime adhesión manifestada por los Rectores de Universidades españolas, son un motivo de singular satisfacción para esta Universidad, que las recibe como testimonio de afecto y las agradece como algo entrañablemente unido al común sentir de toda la familia universitaria. ■